

Glantz, Margo, "La pornografía y los Savonarola de la censura".  
Año 19, vol. 37 (abril 2008), pp. 139-148.  
(desde el erotismo).

## **La pornografía y los Savonarola de la censura**

Margo Glantz

**E**n 1977 se inició en Barcelona una colección de erótica dirigida por Luis G. Berlanga (el director de cine), editada por Tusquets. En el prólogo a la edición, Berlanga aseguraba:

Alguien tendrá que pedir perdón por los años perdidos.

Mientras tanto aquí estamos todos, o casi todos, intentando enlazar los buenos tiempos, apresurándonos en el reencuentro, hinchando tanto el gozo que apenas si vemos solución de continuidad entre el deseo antiguo, heredado, y este aparecido ahora a la sombra de las muchachas en flor de las revoluciones.

Y no es así. Los Savonarola, los enterradores color ala de mosca, no sólo nos pintaron sucias manchas de tinta sobre los hermosos senos. Su labor fue más insidiosa y las consecuencias más tristes de lo que creemos. La cosa no fue que, un día sombrío, se tapó a Gilda y, otro bullanguero, se destaparon sus hijas. Esto es la trampa, el pequeño juego de cartas postales articuladas.

La represión creó un cuerpo armado, con hermosos látigos morales y al castigarnos cotidianamente, dejó la huella, la dulzura y la comodidad de la absolución como valor aceptado, como tranquilizante despachado con receta.

Y esta beatitud controlada y paternal, con otros disfraces, con otros arrebatos, con santones nuevos llegados de todas las ideologías, subsiste y se eriza ante las agresiones.

Es lamentable que uno, al presentar una colección libre, sienta aún el hormigueo de lo prohibido; es descorazonador que todavía los amigos nos guiñen el ojo ante el anuncio de libros sobre algo tan sencillo como es el placer.

Pero, aún con este trauma de lo clandestino, vamos a intentar que los libros estén ahí, al alcance de vuestro regocijo y deseamos que esta batalla, desigual porque nuestros ojos están cegados todavía por tantos años de mazmorra moral, sea en definitiva más ventana que contienda y hasta puerta que abrir para el ingreso en una sociedad más generosa.

Queremos dar aire que respirar, porque el deseo es salud, y sobre todo queremos recuperar el culto a la erección; el hedonismo, a las fértiles cosechas que una buena y gozosa literatura puede ofrecernos.

Y a través de nuestros libros, a través de nuestra y vuestra sonrisa vertical constatar que el escribir sobre lo biológicamente apetecible es algo inmanente a todos los tiempos, a todas las geografías, a todos los hombres.

## Persecución

En *Cambio 16* (1978) se publicó un artículo comentando la colección. En él se menciona la persecución sufrida por uno de los volúmenes de la colección, *Memorias de una cantante alemana* de Wilhemine Schroeder-Devrient y Beatriz de Moura, una de las instigadoras de la colección planeada desde 1967 por Berlanga, dice, refiriéndose al secuestro de la obra mencionada y a las obligadas comparecencias ante el juez de instrucción: "Si esto sigue adelante, tendremos que levantar la voz y denunciar todo el tinglado. No nos olvidemos que la Ley de Prensa es, todavía, la misma de la dictadura". Valdría quizá por ello hacerse algunas reflexiones: Berlanga y Moura fueron también promotores de otra idea, la de un premio literario para la mejor obra erótica del año, premio que llevaba el nombre de López Barbadillo, impulsor de la literatura erótica en España a principios del siglo xx. En la creación de la colección y en las declaraciones de sus directores se puede apreciar una intención paradójica, aunque persistente en este dominio y, creo, verdadera. Se insiste por un lado en que "a los erotómanos les encanta el disfraz, lo sugerido, la cosa secreta. Muchos de ellos escriben con seudónimo por ese motivo". Berlanga piensa de ese modo, repite Beatriz de Moura, "e incluso querría que los libros se vendieran bajo cuerda, clandestinamente. Eso haría más excitante su adquisición". Y en la convocatoria del concurso se especifica que se puede (y quizá hasta se debe) usar un pseudónimo. La insistencia en lo secreto es capital: pero la indignación que produce la persecución parece oponerse a ese postulado: si se quiere entrar a la clandestinidad la persecución pudiera ser la mejor solución, pero a la vez esa persecución revela una operación de censura y prohibición hacia toda expresión erótica, por considerarla nefanda.

Lo secreto, una de las claves del amor, se revela en la publicación o se subraya allí, y quizá en ese sentido secreto se esconda el verdadero erotismo. La censura emana de un ejercicio del poder opuesto por principio a una libertad en el placer, justamente porque el poder se ejerce fundamentalmente contra el cuerpo. La clandestinidad a la que aluden los creadores de la colección esboza un misterio y la clandestinidad a la que la persecución policiaca lleva refleja una forma de opresión. Por eso son distintas. ¿Lo serán también erotismo y pornografía? Los ya varias veces mencionados directores de la colección agregaban: "Lo único que exigimos para esta colección es un buen nivel literario. No hacemos distinciones entre pornografía y erotismo que para nosotros son la misma cosa. Jamás empleamos la palabra pornografía porque esa es la coartada de los censores. Además, la llamada pornografía ya

tiene, a través de varios libros y revistas, un mercado muy amplio, aunque de calidad bastante dudosa".

Vuelve a resaltar la ambigüedad esencial ya subrayada antes: ambigüedad siempre presente cuando se discute este tema, es más, esta ambigüedad propicia la censura, la persecución y de nuevo la clandestinidad. Lo clandestino es lo prohibido y parece confundirse con lo secreto, el misterio. ¿Cómo diferenciar entre un libro de Xaviera Hollander y el de la Schroeder-Devrient? ¿Cómo diferenciar entre un libro considerado erótico y por tanto artístico y un libro simplemente pornográfico? ¿Era el periódico sensacionalista mexicano *Alarma* pornográfico? ¿Lo fueron *Caballero*, *Interviú*, *Su otro yo*, los comics distribuidos en los salones de belleza? ¿Lo es *Bataille*? ¿Por qué se permite la libre circulación de ciertas revistas lujosamente encuadernadas o rotograbadas con grandes calendarios desnudos en el centro o en los centros y por qué se conmovía la gente ante una colección secreta de erótica publicada legal y abiertamente?

¿Qué diferencias puede haber entre la literatura libertina cuya circulación *soto capa* (y sin embargo sin contratiempos) durante el siglo XVIII, y libros como los de Sade o los de Choderlos de Laclos que fueron perseguidos? ¿Por qué se dio el permiso tácito a Restif de la Bretonne y se encarceló a Sade? ¿Por qué el cine llamado pornográfico se exhibe a altas horas de la noche? ¿Sólo porque los niños duermen de noche o porque la noche evoca siempre lo diabólico, el lado malo de la realidad? (Aunque hay que advertir, se prohíbe el aborto, los anticonceptivos, se profieren excomuniones y se permite anunciar en los canales televisivos programas abiertamente pornográficos a horas tempranas cuando pueden ser vistos por los niños, objeto preferido de los curas pederastas, léase Marcial Maciel, fundador de los Legionarios de Cristo y protegido por Juan XXIII, o los altos dignatarios de Estados Unidos trasladados simplemente a otras diócesis cuando fueron denunciadas sus violaciones.)

Mi intento de explicación lleva detrás muchos otros intentos. Es bueno aclarar desde el principio que en los terrenos de la erótica es difícil cercar el tema y trazar límites precisos, es más, esos límites precisos podrían confundirse con la persecución y la censura de los que ejercen el poder, contaminando lo erótico de una morbosidad que lo corrompe.

Cuando se han instituido tribunales para juzgar sobre lo obsceno y lo pornográfico, una de las razones más utilizadas es la de perversión de menores, y uno de los platos fuertes del erotismo son los niños. Es más, la colección *La sonrisa vertical*, dirigida un tiempo por Berlanga, utilizaba como

emblema en la portada la cara de una niña de mirada totalmente inocente sobre la que se ha cortado un triángulo de luz que ilumina los labios. Esta figura enigmática decora la contraportada: la portada muestra, también demarcada por un triángulo, la verdadera sonrisa vertical, los otros labios, los del sexo femenino, ligeramente entreabiertos. Esa sugerencia nos conduce a la idea del sexo que habla, idea fundamental del siglo XVIII francés, siglo a la vez libertino y de ilustración, siglo de discursos lógicos y de pasiones desbordadas, pintadas profusamente en cuadros galantes y en libros eróticos. Pero a la vez siglo donde el discurso del sexo se elabora desde la racionalidad. *Las alhajas indiscretas* de Diderot insisten en un sexo que habla, y yo insisto, el sexo que habla de través es solamente el femenino, en contra de lo que postulaba Foucault en sus ensayos sobre la sexualidad. La colección de Tusquets confirma la regla: el sexo femenino configura el erotismo, es más, el sexo de una niña. La doble insistencia reitera un lugar común de los erotismos: una capacidad de transgresión, de subversión, instaurada en una violación, ejercida en ceremonias secretas, cuyo centro simbólico es el sexo impúber de una niña. Esta simbolización tiene carácter iniciático y la literatura deletrea su misterio sin revelarlo totalmente y, "siempre bajo el signo de una transgresión, de una ruptura, de una subversión".

Los términos pornografía y erotismo excluidos de la moral, son patrimonio de la civilización occidental, mejor aún, son patrimonio de la sociedad burguesa que fue cercando cada vez más el sexo obligándolo a callar su discurso o a velarlo en una sonrisa vertical.

La idea de civilización descubre en primer término una expresión de la conciencia occidental y esa expresión demuestra una noción exclusiva de un nacionalismo también exclusivo de la civilización occidental. La oriental es muestra de otro botón, y sobre la cual no puedo extenderme aquí, aunque hay que subrayar que la tiranía contra el cuerpo femenino es quizá la más terrible en nuestro mundo actual, recuérdese como ejemplo Afganistán y los talibanes o las venganzas de honor en Pakistán o en la India. La exclusión en Occidente de una parte del cuerpo de la legalidad y del discurso oficial proviene sobre todo de los últimos tres siglos. D. H. Lawrence indignado por la persecución que la censura ejerció contra *El Amante de Lady Chatterley*, exclama: "Se me injuria sobre todo por el empleo que he podido hacer de algunas palabras estimadas como 'obscenas". Nota al lado: Se ha filmado en Francia en 2006 una película maravillosa sobre esta novela, que es sobre todo romántica, la dirige Pascale Ferrand.

Nadie sabe en realidad lo que la palabra obsceno quiere decir, ni siquiera qué se pretende hacerle decir; las antiguas palabras para designar lo que

en el cuerpo está bajo el ombligo han llegado a volverse obscenas. Ser obsceno significa, hoy, quizá, que cualquier agente de policía piense que tiene derecho de arrestarnos o un militar violar a una anciana y su acto ser considerado con impunidad. Nada menos y nada más.

Ha habido muchas víctimas de ese horror provocado por una simple palabra, palabra simple porque designa algo bien simple. "En el principio fue el Verbo y el Verbo era Dios y el Verbo estaba con Dios". Si eso es verdad, estamos muy lejos del comienzo. ¿Cuándo cayó el Verbo? ¿Desde cuándo el Verbo se volvió abyecto si designa algo a partir del ombligo? Pues si se sugiere que la palabra culo estaba en el comienzo, que era Dios y que estaba con Dios, de inmediato se nos encarcelaría, pero para Bataille el culo femenino era curiosamente Dios. Un médico debe decir la misma cosa con otras palabras como "Tuberosidad isquial" y las beatas viejas la aprobarán piadosamente. Tales actitudes son imbéciles y humillantes. Sea lo que sea, Dios nos fabricó y nos fabricó completos. No se detuvo en el ombligo, dejándole al demonio el cuidado de acabar su tarea. Sería demasiado pueril. La misma cosa sucede con el Verbo que es Dios: si el Verbo es Dios, no podemos decretar que las palabras que designan algo debajo de la cintura son obscenas. Así la palabra culo es tanto Dios como la palabra rostro. Debería ser así, de lo contrario, estamos partiendo a Dios en dos, de la cintura para abajo.

La palabra obscena se pronuncia abiertamente en el teatro isabelino y hasta en El Siglo de Oro español, véase Quevedo como ejemplo. En la Edad Media la profesión de prostituta se consideraba semejante a la de los verdugos, su condición era despreciada pero abierta, sin que se ejerciese la menor censura contra ella. Esta forma de relaciones extraconyugales o preconyugales no había aún pasado detrás del escenario. Es más, las ceremonias oficiales de los matrimonios exigían que los invitados acompañasen a los novios hasta el lecho conyugal y que el acto de amor se celebrase de inmediato demostrando la vigencia de los códigos del pudor y cómo han cambiado, relegando todas las actividades de esa parte del cuerpo a lugares privados de la casa: la recámara y el baño. Los códigos morales son privilegio de la burguesía y de la pequeña burguesía. El baño individual (y mientras más rico se es, más baños se tienen) y la recámara individual (rige la misma ley y la misma proporción anterior), son signo de civilización: el pudor es civilizado. La palabra privacía, anglicismo clásico, revela una de las conquistas de la civilización occidental.

Estos avances civilizados muestran cómo en el siglo XVIII, protector de muchos de los libertinajes del Renacimiento, aunque no tanto de las pa-

labras para designarlos (pero sí de los instrumentos que ayudan al cuerpo a ejercerlos), se condenó al Marqués de Sade quien se atrevió a redactar cuidadosamente distribuidos en 120 jornadas ciertos placeres prohibidos. Y también es significativo que Pasolini haya muerto por enumerar los nombres del fascismo poniéndolos en imágenes visuales, definidas antes verbalmente en la escritura de Sade. Las posibilidades de represión del fascismo emanan directamente de la represión de aquellas partes del cuerpo que se sitúan debajo del ombligo. Los métodos modernos de tortura superan a los de la Edad Media, se ejercen sobre todo sobre las partes nobles o partes pudendas, mismas que al ser injuriadas obligan al torturado a hablar por la boca. Ahora mismo el Papa Ratzinger ha decretado, contradiciéndose, la excomunión a la Asamblea Legislativa de México por permitir las prácticas de aborto utilizadas en varios países de Occidente, durante las primeras doce semanas de la concepción. Nuestro actual Secretario de Salud Pública da contramarcha y prohíbe a los médicos de instituciones oficiales practicarlo, aceptando su ejercicio en clínicas privadas, con lo que las mujeres de pocos recursos seguirán privadas de este derecho.

La boca del sexo simbolizado como ya decía antes en los labios entreabiertos, de la sonrisa vertical (para Berlanga) o de la alhaja indiscreta (para Diderot) resume en el término de dos siglos un tipo de censura privilegiada, entre otras, por los fascismos.

Pero si bien el lenguaje que designa las partes prohibidas ha vuelto a ponerse en circulación como quería Lawrence, su acuñación de baja moneda o su ferialización (porque se ha vuelto morralla) no permite creer por desgracia en una liberación. La proliferación de lenguajes obscenos, la proliferación de revistas en los kioscos que exhiben pechos y vientres, sobre todo femeninos, no revela sino otra cara de la vieja moneda, antes más oculta, o más aparentemente escondida. El discurso de la sexualidad no se ha liberado por su exhibición en coloreadas fotografías, en textos fáciles vendidos y exhibidos libremente en películas de las marquesinas nocturnas de las ciudades modernas o los programas xxxx de la televisión de casas honestas y de hoteles transnacionales. La disimulación de las costumbres sexuales no termina con la exhibición y su reflejo en la literatura lo reitera claramente. Las máximas medidas represivas se ejercen contra los libros verdaderamente transgresores de la moralidad oficial. Es evidente que Bataille es uno de los principales transgresores y él mismo se opone a una sexualidad sin misterio. Las frases escritas por Bataille en una de sus obras póstumas así lo proclaman:

No tengo aquí la intención de hacer un elogio del desorden sexual. Al contrario, pienso que el desorden sexual está maldito. Por ello y a pesar de las apariencias me opongo a las tendencias que parecen descollar actualmente. No soy de los que piensan que el rechazo de las prohibiciones sexuales representa una salida. Es más, pienso que la única posibilidad humana está en esas prohibiciones. Esta posibilidad no podemos imaginarla sin esas prohibiciones (por lo menos sería imposible de hecho imaginarla). No creo por otra parte que este libro podría tener el sentido de una libertad sexual imposible de vivir. Al contrario: surge de él la constatación de lo que tiene de irrespirable la locura sexual.

La banalización de las costumbres sexuales equivale a la persecución de las costumbres sexuales. Y la banalización se transfiere a la escritura y a la imagen. Las películas completamente comerciales intentan revelar algo ya vuelto estereotipo: una sexualidad promiscua, indiscriminada, que, justamente por su indiscriminación, conduce a la criminalidad y, sobre todo a la disolución del individuo convertido en un ser solitario en medio de la muchedumbre como ese hombre en la multitud que ya había pintado Poe en la soledad decimonónica, soledad *avant la lettre* de la sociedad norteamericana que ahora viene a morir en las pantallas, o un sexo como el que se ejerce en soledad, aunque sea masivo, como se implica en el celebradísimo libro de Catherine Millet, *La vida secreta de Catherine M.* describiendo lo que en Francia ha sido denominado como la *partouze*, sexo anónimo pero colectivo. La transcripción de esa violencia de la imagen muestra la promiscuidad y la total ruptura de sistemas morales y se enfrenta a una descripción "verdadera", relata con puntos y señales una sexualidad "excitante": fatigada y denigrante. En esta promiscuidad de cuerpos y en esta proliferación de lenguajes con "obscenas" *ad nauseam* —una especie de desafío o de castigo a la palabra bíblica que buscaba Lawrence—, se puede atestiguar un proceso: lo verbalizaré simplemente para dejarlo abierto como problema esencial, aunque no pretendo ni puedo concluir de analizándolo aquí.

Entre los años veinte en que se escriben las obras de Lawrence y Joyce, consideradas pornográficas por tribunales especialmente consagrados a juzgar la obscenidad, y los códigos que se elaboraron hacia 1970 para regular las buenas costumbres se produce un hecho significativo: un proceso contra el editor Jean Jacques Pauvert quien hacia 1952 se atrevió a publicar por suscripción las obras completas del Marqués de Sade. El editor fue llevado a la corte, su edición confiscada, y la obscenidad de Sade, reiterada. Es curioso releer el proceso en el que el Marqués es condenado 140 años después de haberlo sido en vida. Es interesante también leer las acusaciones, la defensa y las declaraciones testimoniales de intelectuales tan fundamentales en Francia como Jean Paulhan, Georges Bataille, André Breton, Jean Cocteau,



Jean Paul Sartre, Michel Foucault, pronunciadas o escritas para defender al viejo libertino. Este proceso contra un hombre cuyo mayor crimen fue escribir una literatura considerada pornográfica, se agiganta como símbolo de esa alternancia de legislaciones sobre la sexualidad a veces abiertas flagrantemente en permisividad detonante o cerradas como persecución inquisitorial.

El libertinaje se juzga en la corte y los tribunales se oponen al cuerpo escrito y lo queman como si fuera un cuerpo vivo, es más, la peligrosidad de Sade sigue inflamando a los censores, quienes no suelen perseguir a las literaturas escritas o visuales que cooperan con la sociedad de consumo.

Los defensores de Sade coincidían con sus detractores en que su obra es subversiva y hasta el propio defensor declara: "Es una verdad indiscutible que la obra del Marqués de Sade es definitivamente pornográfica y no supongo que esperéis de mí una tentativa de justificar sus obscenidades". Este ataque se disuelve ahora y el Marqués de Sade es banalizado al ser vendido masivamente en los supermercados. La banalización de la sociedad de consumo es uno de los argumentos aducidos por Pauvert para demostrar que la publicación de Sade emprendida por él no era subversiva. Veamos: su tiraje reducido (2 000 ejemplares) y su alto costo impiden su lectura y sólo puede hacerse como objeto de consulta de bibliotecas o de profesionistas especializados. Su inocuidad, o mejor la inocuidad de una publicación de reducido tiraje y alto costo se demuestra en la medida en que su lectura quede reducida a un círculo de estudiosos que la leen con afán científico o filosófico. Además, esa exclusividad refuerza el carácter infernal de la obra, carácter infernal, a su vez reiterado en el nombre con que los bibliotecarios franceses bautizaron la sección de sus edificios donde se albergaron estos títulos nefandos: *El infierno de las bibliotecas*. Relegado por la clandestinidad de lo erudito, su elevado precio y su pequeño tiraje, Sade se aísla de nuevo, se encastilla, se encarcela en las mentes de algunos de sus lectores quienes pudieron o podrán publicar obras teóricas sobre su filosofía o trazaron o seguirán trazando cuadros clínicos sobre su perversidad. Esta solución tampoco es aceptada por los jueces: la juzgan demasiado peligrosa: Sade es como un germen inoculado y transmitido como en las epidemias. Las buenas costumbres se preservan desterrando y ejecutando de nuevo al marqués. Su ejecución es simbólica aunque reitere otras ejecuciones que no lo fueron y, precedidas por quemas de libros, terminaron en quema de cuerpos. No otra cosa es el nazismo contra el que muchos franceses combatieron, pero la prohibición volvió a proclamarse en 1953 y una prueba es este proceso del

que he venido hablando y, muy pronto después, la guerra contra Argelia, donde se instituyó la tortura como método consciente de destrucción de los cuerpos.

La América Latina ha contemplado recientemente también ese proceso: las cortes argentinas, chilenas, uruguayas, confeccionaron listas negras para borrar del mapa de la moralidad a los autores que atentan contra las buenas costumbres. El editor Pauvert siguió editando en tirajes limitados la obra de escritores importantes, considerados pornográficos, defendió así al Marqués o mejor dicho a los libros del Marqués:

Pienso, señor Presidente, que el papel de un editor es poner a disposición del público y, en particular, de los intelectuales, los textos importantes de nuestra literatura. Me parece que los textos del Marqués de Sade son textos muy importantes de la literatura francesa... Hemos proporcionado ejemplares de obras de Sade editadas, a demanda suya, para la mayoría de las universidades extranjeras y francesas. Son obras que según mi opinión forman parte de nuestra literatura...

El juez lo interrumpe y dice tajantemente: "Eso no excluye el carácter y el peligro del libro" Y Pauvert responde como colegial corrido. "No niego su obscenidad." Las otras declaraciones son también significativas. Paulhan respondió lapidariamente como si fuese un contemporáneo de Diderot:

La obra del Marqués de Sade me parece muy importante e histórica, casi todos los escritores representativos del siglo XIX, surgieron de su obra, a partir de Lamartine quien reconocía que sin la lectura del Marqués de Sade, a los 19 años, nunca hubiera escrito sus poemas, y luego citó a Baudelaire y a filósofos extranjeros, por ejemplo, Nietzsche... La importancia de Sade como escritor (y es un gran escritor) y como filósofo me parece tan obvia que prohibir sus libros equivaldría más o menos (todos los días leemos obras de sus discípulos) a prohibir el libro y a permitir la misma cosa en los periódicos cotidianos. Habría allí algo extremadamente chocante.

Y es esta la idea que quiero subrayar. El abogado defensor continúa diciendo que los colegiales copian a mano pasajes de la obra del nefando marqués y la distribuyen también de mano en mano con lo que los fragmentos fuera de contexto se vuelven, ahora sí, peligrosos.

La sociedad de consumo distribuye a su antojo la energía y el gasto que antes la sociedad puritana había administrado con estreñimiento y suministra el placer a manos llenas e indiscriminadamente para provocar una diarrea que drena y esteriliza a sus robots. Banalizar la sexualidad o prohibirla y perseguirla equivale a dos operaciones aparentemente muy diferentes, pero en el fondo transformadas en la misma. La promiscuidad de la sociedad de consumo niega la teoría del placer y del gasto que instauran un Bataille o un Sade: la sociedad del crimen organizada por Sade reglamenta la sexualidad e instaura códigos de escritura que, como dijo Klossowski

"trazan un siniestro punto de interrogación sobre la actitud previa de pensar y de escribir y particularmente de pensar y de describir un acto, en lugar de cometerlo". Esta preeminencia del deseo o de la reflexión convertida en acto en la escritura y no de realidad marca la diferencia esencial que Pasolini quiso mostrar y pagó con su muerte: la puesta en práctica cinematográfica de los actos escritos por el Marqués de Sade en sus *120 jornadas de Sodoma* determina la máxima violación que un régimen fascista puede ejercer sobre sus víctimas. La escritura reflexiona sobre la perversidad y la monstruosidad, no las actúa. Y las obras de Bataille cargan al mundo de deseo y gastan esa energía por el simple placer de gastarla en un acto lúdico y transgresor, la puesta en escrito de un imaginario. La literatura de consumo desperdicia y degrada a los que consumen o a los que se inscriben en una actuación realista de una sexualidad maniquea exhibida como una liberación, destinada en su ejecución a la robotización y al exterminio.

Una nota final: la colección La sonrisa vertical, punto de partida de este texto, ha sido eliminada de la editorial Tusquets: ¿La razón?: carece de lectores ●